

Robin Myers

(Nueva York, 1987) poeta y traductora, vino a México por primera vez a los nueve años, luego volvió para vivir en Oaxaca en 2005 y 2008. Licenciada en Letras Inglesas por parte del Swarthmore College (Pennsylvania), Robin dedica gran parte de su tiempo a la traducción de poesía hispanoamericana. Publicó por vez primera un poema suyo en *The Kenyon Review*. Ahora vive y trabaja en la Ciudad de México.

Tell Me

If there is one thing I came to understand, among the many I did not, early, without being told, it's that words are dangerous. Not often, perhaps, in the sense of riding a Ferris wheel with the bar up, of retrieving a letter on the railroad tracks, of swallowing glass, although they can be this—no, the risk of words seemed to me like the risk of eating raw egg in the cake mix,

as I was warned not to in my childhood; the threat of illness

a real threat, documented, undoubtedly unpleasant, but rare, and far outweighed

by the joy of dipping a finger into something unfinished.

I thought of words not in terms of what they could do, but in the sense that this *could*

was what they *were*: the slap I have never received nor dealt,

someone's mouth somewhere along the collarbone before it has been provoked

or permitted, the way that grief has always terrified me infinitely more than death.

I wanted words not as the description of the sea in its torment

or its peace, the equal acuity of blackberry thorns and juice, my mother crying at Bach,

but as the announcement of their presence, the fact of witness, the only means

to participate in what is seen. And I needed words in a way that caused

my anger, I think, sunned my urgency into full flower, upon being eighteen

and in another country and with a man whose language was not my own,

not entirely or ever; a language upon the small of whose back I could only rest

my hand the way he rested his on mine. When I flustered, when my hands

fluttered to my face and found my hair and mouth in my own words

and I said, using other ones, *There's just so much I can't say*—

he said, *Tell me in your own language, then*, and I understood that he understood words

in the way I did.

I spoke to him with the lights out. I spoke to the light that was out,
I spoke to his ear and his shoulder and his eyes, to the shape in the dark
of this person who knew nothing I had said and so accepted every part of it.
And when I stopped speaking, he nodded—a careful motion, nearly solemn,
which sent
a stronger sting of gratitude and anguish through my capillaries than if he
had said
anything at all, if he had attempted to acknowledge in any other way
what it means to try to reach across a distance no less vast for being invented
and
sustained
by us, with every word and every minute; to want to touch what we can't see
with real touch, with real trust, with the strong hot hands of what we say.

Cuéntame

Si hay una cosa que llegué a entender, (entre las tantas que no),
temprano, sin que me lo hayan dicho, es que las palabras son peligrosas. A
menudo no, quizás,]
en el sentido de andar en la Rueda de la Fortuna con la barra abierta, de salvar
una carta
en las vías del tren, de tragar vidrio, aunque podrían ser esto;
no, el riesgo de las palabras se parece al riesgo de comer huevo crudo de la
mezcla para pasteles,]
como fui advertida en mi infancia; la amenaza de enfermedad
una amenaza real, documentada, indudablemente desagradable, pero rara, y
mucho mayor
que la del disfrute de meter el dedo en algo sin terminar.
Yo pensaba en las palabras no en términos de lo que pueden hacer, sino en el
sentido de que este poder]
era lo que son: la cachetada que nunca recibí ni repartí,
la boca de alguna persona sobre la clavícula de otra antes de que haya sido
provocada
o permitida, la manera en que el sufrimiento siempre me aterra infinitamente
más que la muerte.]
Quería las palabras no como la descripción del mar en un día de tormenta
o cuando está en paz, la misma agudeza del jugo y las espinas de la zarzamora,
mi madre llorando con Bach,]
sino como el anuncio de estas presencias, el hecho de poder testimoniar, el
único medio
de participar en lo que vemos. Y necesitaba palabras de una manera que hacía
que mi enojo, pienso, convertía mi urgencia muy rápido en una flor completa,
teniendo dieciocho]
y en otro país y con un hombre cuyo lenguaje no era el mío,
ni todo ni nunca; el lenguaje de este hombre sobre el cual yo sólo podía apoyar
mi mano
de la forma que él apoyaba la suya sobre mi espalda. Cuando me ponía nervio-
sa, cuando mis manos]
temblaban hasta llegar a mi cara y encontraban mi pelo y mi boca en mis
propias palabras
dije, usando otras, Hay tanto que no puedo decir --

él dijo, Dímelo en tu idioma, entonces, y entendí que entendía las palabras del mismo modo que yo.]

Le hablé con las luces apagadas. Hablé para la luz que estaba apagada, le hablé a sus oídos y a su hombro y a sus ojos, a la figura en la oscuridad de esta persona que no sabía nada de lo que yo había dicho y aceptó cada parte.

Y cuando dejé de hablar, asintió con la cabeza -- un movimiento cuidadoso, casi solemne,

que mandaba un ardor de gratitud y angustia por mis capilares, más fuerte que si no hubiera dicho]

nada en absoluto, si hubiera intentado cualquier otra forma de comprender lo que significa tratar de cruzar una distancia no menos vasta por ser inventada y sostenida]

por nosotros, con cada palabra y cada minuto; querer tocar lo que no podemos ver

con tacto verdadero, con una confianza real, con las fuertes y calientes manos de lo que decimos.]

*Traducción de Victoria Schcolnik
Publicado en Ventizca (Argentina)*